



11 al 16 de noviembre de 2019 – Málaga, España

DE LA TUMBA A MI VELORIO: COSTUMBRES FUNERARIAS EN CALPAN, PUEBLA.

Juan Alberto Román Berrelleza¹

Ruth Terreros Espinoza²

Eladio Terreros Espinosa³

Esther Gallardo González⁴

INTRODUCCIÓN

En México es ampliamente conocida la existencia de la festividad del Día de Muertos, misma que se celebra los días 1 y 2 de noviembre de cada año. Durante esta celebración se pueden ver involucrados complejos procesos culturales, mismos que se han desarrollado extensamente en diversas áreas geográficas del país, a veces de manera continua por generaciones. Las influencias ancestrales y los probables orígenes prehispánicos de ciertos conceptos asociados a esta celebración, así como la continuada práctica de los rituales, festividades, ceremonias y tradiciones que actualmente un poco más de 60 grupos indígenas y la población mestiza efectúan en honor a sus muertos, pone de manifiesto un conjunto de ideas, creencias y visión que en diferentes épocas nuestras culturas tuvieron y tienen sobre la muerte. Debido a sus singulares características, la “Festividad indígena Dedicada a

1 **Juan Alberto Román Berrelleza.** Antropólogo Físico y Maestro en Arqueología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Participó en los trabajos del Proyecto Templo Mayor. Publicó el libro “Sacrificio de niños en Templo Mayor” y artículos científicos en revistas mexicanas y extranjeras. Ha impartido diversos cursos en la ENAH y en la Universidad de los Andes, Venezuela. Actualmente participa en proyectos de investigación antropológica y es profesor investigador del Museo Templo Mayor-INAH.

2 **Ruth Terreros Espinoza.** Gestora y secretaria del Programa de Pensión para Adultos Mayores del Municipio de Calpan.

3 **Eladio Terreros Espinosa,** es arqueólogo y dirige un proyecto de investigación en la región serrana de Tabasco, México. Ha publicado artículos relacionados con ese proyecto. Profesor de las asignaturas de Prehistoria, Historia Antigua y América Precolombina I y II en la Licenciatura de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Labora como profesor investigador Titular “C” en el Museo del Templo-INAH.

4 **Esther Gallardo González.** Etnóloga por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, integrante del Consejo de Cronistas de Tlalpan, participa en el Colectivo de Mujeres Escritoras de Tlalpan. Ha escrito y publicado diversos ensayos y artículos sobre el tema de pueblos originarios.

Contacto: excavadorsp@hotmail.com

los Muertos en México”, fue declarada “Obra Maestra del Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad por la UNESCO en el año de 2003 (CONACULTA, 2006).

Un ejemplo de estos ceremoniales lo representa la tradición de rendir culto a los muertos practicada en la localidad de Calpan, Puebla, México. En este caso se trata de una peculiar forma de llevar a cabo un culto especial a las personas que murieron durante el periodo comprendido entre las festividades del día de muertos de un año y el siguiente. La información disponible indica que esta celebración sólo practicada en esta localidad y probablemente en algunos pueblos del Estado de Morelos (Ríos y Martínez 2011:215-228).

Se trata de un ceremonial excepcional del que se desconoce su origen y antigüedad. En términos generales, consiste en representar que los fallecidos, de ambos sexos, asisten a su propio sepelio, lo cual se expresa mediante la colocación en su casa de una ofrenda arreglada en forma de bulto mortuario, a cuyo lado se ubica una imitación o representación de los finados, a la que visten con las prendas que usó en vida, aparentando que el individuo muerto se vela a sí mismo. Desafortunadamente esta práctica mortuoria se encuentra en peligro de desaparecer debido a la penetración e influencia que la fiesta anglosajona del halloween ha tenido en la comunidad, ya que mucha población a emigrado a los Estados Unidos en busca de mejores incentivos económicos y ha introducido elementos de dicha festividad en el culto a los muertos en Calpan.

El presente trabajo es producto de dos temporadas de trabajo de campo durante la celebración de Día de Muertos de 2017 y 2018 en las que se ha hecho levantamiento de imagen, efectuado entrevistas y se han registrado 22 casos. Se planea efectuar una tercera temporada de campo en noviembre de 2019⁵. El texto es una primera aproximación al tema ya que el grueso del *corpus* apenas se empieza a procesar y todavía falta incorporar todos los datos y la información que se genere durante la tercera temporada de campo ya mencionada. De este modo los avances que ahora se presentan deben considerarse como preliminares, aunque no por ello dejan de ser sumamente relevantes.

SITUACIÓN GEOGRÁFICA Y FUENTES HISTÓRICAS

El pueblo de Calpan es la sede de la municipalidad del mismo nombre y se localiza a 15 km. al suroeste de la pequeña ciudad de Huejotzingo y a 16 km. al noroeste de la ciudad de Cholula, en el Estado de Puebla, México. Las tres localidades se ubican en las faldas de los volcanes Iztaccíhuatl y Popocatepetl. Calpan está a una altitud de 2,420 msnm., por lo que su clima es templado (Figura 1). Es una población de

⁵ Agradecemos a los pobladores de Calpan por las facilidades otorgadas para la realización de este trabajo, al igual que a Adriana Gutiérrez Escobedo y a Beatriz García Arévalo, por su extraordinario e incondicional apoyo en el trabajo de campo.

origen prehispánico y su topónimo es de origen náhuatl, integrado por los vocablos *calli* = casa y *pan* = en o sobre, palabra que significa “en donde hay muchas casas”. (Terreros 2014).



Figura 1.-Mapa de localización del pueblo de Calpan, Puebla, México. Versión modificada de www.pueblamio.com.

De acuerdo con nuestras observaciones de campo, en el sitio de Calpan, se encuentran vestigios culturales desde el Preclásico medio (500 a.C.) hasta el Posclásico tardío (1521 d.C.). Sin embargo, se desconocen las características, extensión y las diferentes etapas de ocupación de época prehispánica, ya que los depósitos pumíticos y de cenizas, producto de las diferentes erupciones del Popocatepetl, cubrieron durante siglos algunas partes del mencionado asentamiento (Macías, 2005:395-399). A pesar de ello, aparentemente el área y esta localidad no fueron deshabitadas.

Calpan, es conocido por su ex-convento dedicado a San Andrés Apóstol y sus magníficas capillas posas. En el siglo XVI la orden franciscana fue facultada para impartir la educación católica de los nativos, por lo que los frailes e indígenas se abocaron a la fundación y construcción de un monasterio en el citado asentamiento a mediados de dicho siglo (Rojas, 1981; Kubler, 1983). Resaltan del convento las extraordinarias Capillas Posas o Procesionales, que se encuentran ubicadas en las cuatro esquinas del atrio, mismas que actualmente continúan funcionando. Las capillas posas presentan un esculpido portentoso y una interesante y variada iconografía: están ornamentadas con pasajes como: La Virgen de los Dolores, La Asunción de María, La Anunciación, Insignias de la Pasión, Crestería de Flores de Lis, La Estigmatización de San Francisco, los Arcángeles Miguel, Rafael y Gabriel, El Juicio Final (en esta escena, llama la atención, la representación de las almas de los muertos, saliendo del purgatorio para ser

juzgados), El Apocalíptico Tetramorfos y El Patriarcal Busto de Dios Padre, entre otros motivos (Martínez, 2004: 281-298) (figuras 2 y 3).

En sí mismas, las edificaciones constituyen un modelo grandioso de arquitectura y urbanismo colonial, al conjugar el manejo de espacios abiertos y cerrados para la celebración del culto católico y se han considerado como las mejor elaboradas del arte virreinal mexicano. Adicionalmente, por su inmejorable estado de conservación, en 1994 fueron declaradas por la UNESCO Patrimonio Cultural de la Humanidad (Díaz-Berrio, 1995: 78-81). No obstante lo anterior, poco se sabe de lo que fue el asentamiento prehispánico sobre el cual se levantaron las construcciones coloniales.



Figuras 2 y 3. Capillas procesionales con la representación de La Anunciación y El Juicio Final. Fotos Eladio Terreros Espinosa.

Por otra parte, en las fuentes históricas y en estudios recientes existen múltiples menciones acerca de quiénes fueron los probables pobladores de Calpan, muchos coinciden en señalar a los Olmecas-Xicalancas, mientras que otros se inclinan por los Toltecas-Chichimecas. También se deja testimonio de quiénes fueron sus gobernantes, de los nombres de los pueblos vecinos, sus colindancias territoriales y de las relaciones que establecieron con ellos (Muñoz Camargo 1998:13; Relaciones Geográficas 1984, tomo I: 138, 151-152; Anales de Cuauhtitlan 1992:63; Hernández y Ruz 2019). Así, por ejemplo, se tienen referencias de los combates que en dos ocasiones los calpenses tuvieron con sus vecinos de Huaquechula en defensa de su fértil territorio, batallas que se consigna que ganaron. (Motolinía, 1971: 269; Torquemada, 1975: 431; Davies, 1968: 76-77, 82, 85 y 199).

De acuerdo con la noticia del Códice Confirmación de Elecciones en Calpan de 1578, se infiere que poco

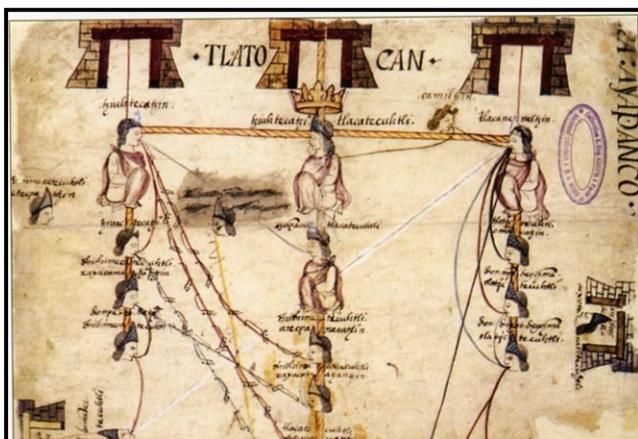


Figura 4. Códice Calpan. Tomado de Herrera et al., 2005:81.

antes de la conquista, Calpan era un señorío, ya que en el citado año se pedía la ratificación del mismo, dada la ascendencia noble de los gobernantes calpenses (Figura 4). Esta solicitud se le hizo a las autoridades de la corona española siendo Virrey Don Martín de Enríquez, personaje que les otorgó el señorío, o poder, a diez y siete señores ahí nombrados (Piho, 1975:295-300).

Con base en lo anterior, se infiere que tanto los olmeca-xicalancas, como los tolteca-chichimecas, fueron grupos que, en diferentes momentos del Epiclásico al Posclásico temprano, se establecieron en Cholula, Huejotzingo, Tlaxcala y Calpan, entre otros lugares. Si bien, hay que aclarar que no fueron los únicos, ya que aún se desconoce la filiación étnica de los pueblos ahí asentados en épocas anteriores (Dyckerhoff 2000). Como se ve existen muchos aspectos por aclarar en la historia de Calpan, mismos que deberán estudiarse en el futuro.

LA CELEBRACIÓN

Formalmente la celebración da inicio el día primero de noviembre al filo de las 12 horas, aunque los preparativos, como veremos más adelante empiezan desde mucho tiempo atrás, mismos que van de acuerdo con la fecha en que acaeció el fallecimiento de la persona. En dicho día, los familiares más cercanos, así como amigos y vecinos del muerto, se reúnen en las cercanías de la casa que habitó, generalmente en la misma calle donde se ubica la morada, a esperar el arribo del alma o el espíritu del difunto, quien, según la tradición popular, puntualmente debe llegar a esa hora. De acuerdo con la creencia de los calpenses, el punto desde el que se inicia el encuentro con el alma está marcado por la ruta que el finado acostumbraba tomar para llegar a su hogar. (Figura 5). Al momento en que arriba el alma del difunto una persona se encarga de dirigirle unas palabras de bienvenida.

Cumplido el protocolo de recibimiento del alma del familiar, todos emprenden una caminata hacia dicha casa y mientras lo hacen entonan cánticos y rezos católicos como son el Padre Nuestro y el Ave María. Al inicio de la caminata, uno o dos de los familiares empiezan a arrojar al piso pétalos de flores de



Figura 5. Familiares y amigos de Doña Concepción E. se reúnen a esperar el alma de la fallecida. Foto JARB.

cempasúchil que previamente prepararon y que se llevan en chiquihuites, recipientes de plástico o cubetas. A cada paso que el grupo da se toma un puñado de dichos pétalos hasta formar una línea que simboliza el camino que guiará al alma del difunto hasta su hogar. En los casos que se tienen recursos económicos, la procesión es acompañada por personas que tienen la encomienda de arrojar cohetones al cielo para que con la explosión generada por el artefacto se pueda recibir ruidosa y alegremente al alma de su difunto. También puede ser recibido con música de mariachi, banda o norteña. Además de lo anterior, algunos de los participantes llevan incensarios con brasas de carbón, sobre las cuales arrojan incienso y/o copal para generar el humo aromático que hará más placentero el arribo del personaje fallecido. (Figura 6).



Figura 6. Camino de pétalos de flor de cempasúchitl que guían al alma de Doña Concepción E. hasta su casa. Foto JARB.

Después de efectuar el trayecto, los caminantes entran a la casa y avanzan hasta llegar frente al lugar donde se ha colocado una ofrenda al fallecido. Ésta puede quedar generalmente dentro de la sala o recibidor de la casa, aunque también suele colocarse en una recámara o habilitar un espacio en un patio, al cual techan con lonas o carpas. Todos los integrantes de la procesión al estar delante de la ofrenda le presentan sus respetos al difunto inclinándose y persignándose. Finalmente, los ahí reunidos inician el rezo de un rosario, mismo que puede ser efectuado por un sacerdote, por lo regular uno de la orden franciscana, o una persona autorizada para hacerlo, como es el caso de un novicio de la misma orden, un diacono o una rezandera. Durante los rezos ocasionalmente se entonan diversos cánticos religiosos, a veces acompañados de música de guitarra. (Figura 7).



Figura 7. Rezos oficiados por un sacerdote en el “Velorio” de Doña Margarita, amenizados con música de guitarra. Foto JARB.

LA OFRENDA

Dentro de este complejo culto a los muertos practicado por los habitantes de Calpan, sin duda, la ofrenda y el muerto representan los más llamativos e importantes papeles de la celebración, comparten ciertos elementos con los tradicionales altares de muertos que se colocan los días primero y dos de noviembre en la mayoría de las casas del pueblo, pero se destacan por varios aspectos. Quizás el punto más llamativo es que se simula o escenifica nuevamente el velorio del fallecido; es decir, los familiares intentan reactualizar los momentos del pasado reciente para recordar a su pariente cercano extinto, mismo que pudo ser la esposa (o), la hija (o), la hermana (o) o algún otro familiar muy querido.

Para ello se utiliza generalmente una mesa sobre la que coloca una gran cantidad de frutas, entre las cuales se encuentran principalmente plátanos, naranjas, manzanas, guayabas, trozos de caña de azúcar y peras, aunque puede haber muchas otras. También se pueden incluir diversos tipos de pan (en algunos casos de acuerdo a las posibilidades económicas de los deudos, se manda elaborar pan especial para la ocasión en las panaderías locales; incluso manufacturan piezas grandes a las que se le pone el nombre del finado); todo lo cual es arreglado de manera que forme una prominencia alargada, cuya longitud y altura varía de acuerdo con la cantidad de fruta acumulada, misma que procuran que coincidan con las características corporales del difunto. Luego, dicha prominencia se cubre con papel de china o un lienzo de diferentes textiles (algodón preferentemente) de color negro. Luego con las frutas así cubiertas se le da la forma de un bulto mortuorio que representa el cadáver de la persona fallecida, aunque se han registrado pocos casos en los que la fruta no se cubre pero el bulto sí lo forman con la fruta ordenadamente colocada. Se han registrado otros ejemplos en los que la fruta y demás objetos son colocados en forma ascendente por niveles, esto último debido a la falta de espacio para colocar la ofrenda. (Figura 8).



Figura 8. Bulto mortuorio en el “Velorio” de Doña Margarita. Foto JARB.

Al bulto mortuorio así formado, en algunas ocasiones se le adiciona un cráneo que puede ser hecho con semilla de amaranto reventado, de chocolate o coronar el supuesto cuerpo del difunto con la fotografía de la cara de la persona cuando estaba viva. En un buen número de casos al bulto no se le pone rostro ni cabeza. En cambio, sobre lo que sería la parte ventral del cuerpo simulado se acomodan diversos tipos de adornos, mismos que consisten en pétalos de flores de campasúchil que se ubican a lo largo y ancho del supuesto cadáver. De igual forma, se pueden encontrar ejemplos en los que los “cuerpos” se adornan con hojas de papel picado de color negro o anaranjado. Otros pueden tener pequeños cráneos de azúcar, chocolate o amaranto. Un elemento curioso son unas figuras hechas con pasta de semillas de calabaza en forma de gallitos, tortugas o figuras fantásticas, estas últimas también pueden ponerse como parte de los de alimentos. (Figura 9). En casi todos los casos registrados, al cuerpo simulado se le rodea con gran cantidad de las mismas frutas que se encuentran ocultas formando el bulto mortuorio.



Figura 9. Bulto mortuorio coronado con cráneo de chocolate. “Velorio” de Doña Rosa J. Foto JARB.

En las escenificaciones más análogas a un velorio, en las cuatro esquinas de la mesa se ponen cirios de cera que portan una especie de festones negros de papel plegado de tamaños variables, a manera de estandartes que, a su vez, son adornados con cruces, figuras de ángeles o querubines, entre otros motivos ornamentales. Estos cirios permanecen encendidos durante el tiempo que dura la “velación”, al igual que muchas de las velas que son colocadas sobre la mesa o alrededor de ella sobre el piso o que son puestas en sillas o en otros muebles.

EL FALLECIDO.

Una parte fundamental de la ofrenda y de la escenificación del ritual es la presencia de la imitación o simulación de la persona fallecida, ya sea de sexo femenino o masculino, como si asistiera a su propio sepelio. Es importante señalar que en todos los casos observados se trató exclusivamente de ofrendas que tuvieron individuos adultos. Esta representación del difunto generalmente se pone al lado izquierdo o derecho de la mesa donde se halla el bulto mortuario y el resto de objetos; aunque también puede ubicarse al frente, encima e incluso en un lugar apartado de ellos, pero dentro del mismo recinto o espacio. La representación se coloca sobre una silla o un sillón que se utiliza como base y encima de este mueble se elabora o reproduce la figura del finado. Para ello se utilizan las prendas que la persona usó en vida, para las mujeres se emplearon sus vestidos, faldas, pantalones, delantales, rebozos, chales, tenis, zapatos y sombreros; y para los hombres sus pantalones, camisas, corbatas, chamarras, gabanes, sombreros, gorras, zapatos y huaraches. La cara de ambas representaciones generalmente la simulan con una fotografía tomada en vida. Hubo un caso en que la cara la imitaron con un globo de color rosa inflado, al que le dibujaron facciones humanas con marcador negro y las manos las simularon con guantes de látex inflados, para darle más realismo a la representación del fallecido (Figuras 10 y 11).



Figura 10. “Velorio” de Don Francisco.
Foto JARB.



Figura 11. “Velorio” en casa de la madre
de Moisés. Foto JARB.

LAS FLORES.

Otros elementos constitutivos de la ofrenda son las flores, mismas que tienen suma importancia en esta celebración, ya que representan o simbolizan la vida. Entre otras encontramos ramos de rosas de distintos colores, gladiolas, nube, nardos, terciopelo, pero sin duda la más importante de todas es la flor de cempasúchil, ya que por antonomasia es la que se asocia con esta celebración y esto data desde la época prehispánica. En todos los casos, al igual que los cirios, los ramos de flores son puestos en cubetas o recipientes especiales en las cuatro esquinas de la mesa donde se encuentra el bulto mortuario. Pueden estar arregladas en ramos de una sola clase de flores, en ramos mezclados de distintas flores o incluso reunir todo tipo de flores mezcladas en un solo continente. Como vimos se usan para crear el camino de las almas que llegan hasta su morada, al igual que para elaborar cruces que se colocan invariablemente al pie de la ofrenda en su parte frontal. También se utilizan para cubrir el bulto mortuario o para decorar la ofrenda con hileras de ellas o de diversas maneras. Además, se piensa que los espléndidos aromas que las flores despiden son del agrado de las almas de los difuntos, lo cual les hace agradable su estancia en este mundo y las conmina a disfrutar la convivencia con sus familiares (Figura 12).



Figura 12. Distintos tipos de flores usadas en el “velorio” del Sr Manuel T. Foto JARB.

LAS COMIDAS Y LAS BEBIDAS.

Una característica de esta celebración son los alimentos y bebidas que se brindan a las almas en los momentos que retornan del más allá. Las viandas que son preparadas para la ocasión consisten principalmente de las comidas preferidas y las que más gustaban en vida a los fallecidos. Así, al pie o al lado de la ofrenda se colocan platos y cazuelas con mole, pipián, arroz, frijoles, distintos tipos de

tamales, barbacoa de carnero, diferentes tipos de mixiotes, carnes de res, puerco o pollo y toda clase de guisos con esas carnes. También se incluyen postres como es el caso de plátanos fritos con leche dulce, calabaza en dulce (llamada chacualole), buñuelos con miel y diversas frutas en conserva. Dos elementos infaltables en la ofrenda son un vaso con agua, ya que el difunto puede venir cansado y sediento de su travesía para llegar a visitar a su familia, y debe tener agua para saciar su sed, y un recipiente con sal. Entre las bebidas invariablemente estaban los refrescos o gaseosas, principalmente coca cola, pepsi cola, fresca y varias marcas más; y en pocos casos pulque, chocolate y café. No faltaron las bebidas alcohólicas como fue el caso de distintas marcas de cervezas, aguardiente, tequila, mezcal, ron, brandy y excepcionalmente whisky. (Figura 13).



Figura 13. Comidas que más disfrutaba en vida la Sra. Margarita. Foto JARB.

Un punto importante por señalar, es que, aparte de las viandas preparadas para las almas visitantes, también se elabora un banquete para los familiares y amigos del difunto. Esta es una labor sumamente ardua que se emprende varias semanas atrás y que requiere de una considerable inversión de tiempo y de recursos monetarios. Para atender a los comensales se cocina mole, arroz, frijoles, tamales, carnitas, mixiotes de pollo, tortillas y pan, a veces en grandes cantidades. Por ello, en determinados casos, es necesario comprar, dependiendo del número de personas que esperan asistan al “velorio”, varios guajalotes, muchas gallinas o pollos, uno a varios puercos, muchos kilos de tortillas, de arroz, de frijoles y gran cantidad de piezas de pan, así como ingentes cantidades de los numerosos ingredientes que se requieren para la elaboración del mole, que es el platillo principal. Para preparar esa enorme cantidad de alimentos, en ocasiones es necesario contratar a personas especializadas en preparar el mole llamadas “moleras” o a los especialistas en preparar carnitas o tamales. (Figuras 14 y 15).



Figura 14. Preparación del Mole en casa de Doña Reina. Foto JARB.



Figura 15. Preparación de carnitas y mole en casa de la Sra. Concepción. Foto JARB.

Como se podrá advertir, todo ello tiene un considerable costo que no todos los deudos de un fallecido pueden solventar. Sin embargo, no toda la carga económica de la celebración cae sobre los deudos directos del finado, como podría ser la esposa o esposo, hijos o hermanos de los fallecidos. En la mayoría de los casos se observó un mecanismo de apoyo y ayuda que permite que dicho gasto se distribuya entre varias personas. Así, en la mayoría de los “velorios” se registró la existencia de la figura de los padrinos, quienes se hacen cargo de distintos aspectos de la celebración. Los hay de cruz, de ofrenda, quien se encargó de todo lo relacionado con la ofrenda del difunto; mientras que otra persona puede tener la responsabilidad de apadrinar la comida. Hubo un caso en que una sola persona que tenía suficientes recursos asumió todos los gastos de la celebración entera. Los padrinos pueden ser familiares cercanos, como hermanos, tíos, primos o sobrinos. También hubo ejemplos donde estos apoyos los dieron compadres, comadres, vecinos o incluso amigos que le tenían especial aprecio al fallecido. (Figura 16).



Figura 16. El padrino de ofrenda acompaña al esposo de la fallecida. Foto JARB.

Finalmente, los miembros de la comunidad que llegan a visitar al “fallecido” y a su ofrenda, tienen que llevarle una “cera” (un cirio) al difunto y rezar una plegaria por su alma. Cumplida esta parte del ritual, pueden sentarse a la mesa a comer y a departir con los demás comensales y familiares. Cada persona que visita al finado puede llevar un recipiente donde a cambio de su presencia y la cera se le regala una buena cantidad de mole, principalmente, aunque dependiendo de la cercanía de la familia se le pueden compartir otros alimentos. (Figuras 17 y 18). La celebración concluye el día 2 de noviembre, cuando se realiza una ceremonia de despedida del alma del difunto, mediante el rezo de un rosario.



Figura 17. Banquete ofrecido a los familiares, amigos y vecinos. Foto JARB.



Figura 18. Comensales con sus recipientes con mole que les fue regalado. Foto JARB.

LAS IMÁGENES RELGIOSAS Y LOS SANTOS PATRONOS.

En casi todos los casos documentados se observó que sobre la cabecera del bulto mortuario, pegados sobre los muros de la casa, en pequeños altares improvisados o dentro de la ofrenda misma, se instalaba por lo menos un cuadro, imagen o escultura de figuras religiosas. Según la religiosidad de la familia y de la persona fallecida, la cantidad de ellas puede llegar a ser elevada, pues podía ser devota(o) de varios de ellos o tener varios santos patronos. Las más frecuentes eran las de Jesucristo crucificado, seguida en frecuencia y número por la imagen de la Virgen de Guadalupe. También estuvieron presentes la Virgen del Carmen, la Virgen de Juquila, el Sagrado Corazón de Jesús, el Santo Niño de Atocha, San Martín de Porres, San Francisco de Asís, entre muchos otros (Fig. 19). A todos ellos se les elevan plegarías y peticiones por el eterno descanso del alma de los fallecidos y el perdón de sus pecados.



Figura 19. Imágenes religiosas de los santos patronos del fallecido. Foto JARB.

DISCUSIÓN Y CONSIDERACIONES FINALES.

La muerte es un hecho al que todos los seres vivos nos enfrentaremos en algún momento. Por ello, los seres humanos, ante este inevitable suceso, hemos reflexionado por milenios sobre el significado de nuestra finitud. Ante la falta de una respuesta clara y contundente a nuestros cuestionamientos sobre su razón de ser, hemos creado complejos significados y buscado contextos adecuados para convertir este crucial suceso en elaborados actos simbólicos que tienen entre otros fines, conceptualizarla, darle sentido, significarla y enmarcarla en diversos sistemas de creencias al seno de nuestras sociedades.

Thomas (1991:106), plantea que para ello se establecen símbolos que son propios de cada cultura, con los cuales se pueden definir la forma de ser y ver el universo por parte de los grupos humanos. Acorde con lo anterior, Mendoza (2006:26), considera que dicho *corpus* simbólico funciona dentro de las sociedades en “...la medida en que los símbolos nos permiten identificarnos como pertenecientes a un grupo, puesto que los miembros de un grupo entienden el significado de las palabras que se asignan a las cosas y el significado que tienen dentro del sistema lingüístico”, situación que conlleva la formación de un sistema de códigos que es elaborado para facilitar y permitir la cohesión del grupo y la representación de las cosas del universo. Dicha codificación puede estar materializada en los rituales y la lengua, por ejemplo, y formalizada y normada por la religión, en este caso la católica (op.cit.:27).

En lo relativo a las representaciones de los “velorios” de Calpan, los objetos colocados en las ofrendas plantean empíricamente un primer nivel de análisis, ya que éstos constituyen diferentes signos que se encuentran simbólicamente dispuestos dentro de un espacio determinado y al parecer en asociación específica, en el entendido de que un “signo” es todo lo que a partir de una convención aceptada

previamente puede entenderse como una cosa en lugar de otra (Eco, 1981: 44-46; Barthes 1971). De esta manera, un “signo” puede sustituir, representar, indicar, señalar, reflejar, refractar o construir la realidad.

En relación con lo anterior, inicialmente se ha identificado que indudablemente la disposición y asociación de objetos, así como su cantidad y variedad están vinculados con los conceptos y creencias religiosas de la comunidad. De este modo, se piensa que una de las claves para desentrañar el por qué de esta configuración de los depósitos estriba, en primer lugar, en sus arreglos contextuales; mientras que otra se asocia con formas codificadas de mensajes religiosos.

En este sentido, el sistema de los objetos se plantea como un nivel de análisis, aunque preponderantemente se refiere a objetos técnicos, Baudrillard (1968), toca de manera precisa aspectos que se podrían aplicar a los elementos observados en las ofrendas. El autor plantea que no sólo se deben analizar su probable función, formas y estructuras, sino también cómo son vividos y a qué otras necesidades, aparte de las funcionales, dan satisfacción; cuáles son las estructuras mentales que se traslapan con las funcionales; mismas que, incluso, pueden llegar a oponerse y contradecirse. Aquí lo interesante es determinar los procesos en virtud de los cuales las personas entran en relación con ellos.

En este sentido, una de las posibilidades de análisis que brinda la semiótica, por ejemplo, es determinar las relaciones sintagmáticas y paradigmáticas que puedan existir en los depósitos rituales (Saussure 1992:172-189). Mediante estas categorías se entrevé una problemática: si están colocados al azar o existe un orden de colocación y asociación y, por lo tanto, de lectura. Sin embargo, se considera que un paso previo para acceder a ese tipo de análisis, será determinar las relaciones constitutivas de este particular sistema semiótico ritual.

La búsqueda de esas relaciones se dirigen hacia las operaciones de combinación, de contigüidad, y de presencia para el primer caso, es decir qué elementos estaban presentes y cómo se asociaban entre sí; y para las relaciones paradigmáticas, la búsqueda se orienta hacia las operaciones de selección de determinados objetos y sus valores de sustitución y de ausencia, es decir por qué se seleccionaron unos objetos y materiales y no otros para ser colocados en estas representaciones. Con ello se considera que se estará en posibilidades de reconocer la probable existencia de algún código paradigmático de la representación. Esta forma de análisis puede aportar las pistas que permitan establecer los parámetros de contraste de un caso a otro y, de esa manera, tratar de comprender el lenguaje de los mismos. En tal sentido la pregunta es si existe una forma, o varias, de entender a las representaciones y el por qué de sus diferentes maneras de elaborarlas.

La respuesta quizá se encuentre en un enfoque sintagmático, es decir, en descomponer la ofrenda en subunidades de significación para tratar de describir las articulaciones que sintagmáticamente puedan estar funcionando mediante operaciones de combinación. Así, posiblemente puedan obtenerse valores de contrastación entre un caso y otro, para estar en capacidad de inferir las relaciones paradigmáticas, en el entendido de que el establecimiento de un código paradigmático sólo se obtendrá mediante la contrastación entre ellos.

Por otra parte, a partir de la muerte se han generado innumerables tradiciones mortuorias, costumbres funerarias e identidades culturales, tanto a nivel individual como a escala comunitaria y social. Así, cada cultura ha desarrollado sus propias concepciones con las que han pretendido interpretar y explicar lo que nos sucede y lo que nos ocurrirá después de morir (Thomas *op.cit.*). De ahí que hayan surgido conceptos y explicaciones que nos ofrecen, por ejemplo, variadas geografías funerarias a las que nos iremos después de fallecer. Pero no sólo eso, por medio de los rituales funerarios también se pretende que la persona muerta, que ha dejado de tener cierto papel a desempeñar en la dinámica propia de su comunidad, se convierte en una persona diferente, a la que se le asigna una nueva labor a desempeñar dentro de esta dinámica socio-cultural (Mendoza 2006:27). De esta manera, los rituales funerarios permiten el reconocimiento, la adhesión y cohesión de los integrantes de una comunidad, pues facilitan la creación, paralelamente, de un sistema de organización para que los integrantes de esa comunidad puedan relacionarse entre sí y con sus muertos (Firth 1961:203).

En esta dirección, los especialistas de las religiones nos señalan que los rituales funerarios cumplen un papel muy importante en la comunidad, ya que ayudan a que los deudos puedan paliar el dolor y la pena de haber perdido un ser querido, y a prepararse para el futuro que les depara el destino. Entre ellos se mencionan los ritos propiamente funerarios, mismos que se refieren a los que se realizan desde que acaece la muerte hasta el momento de enterrarlo o disponer del cadáver según sus creencias, así como el tiempo que se toma para lograr la resignación ante la pérdida. Luego siguen los ritos de recordatorio que son aquellos que permiten la “convivencia” del difunto con los vivos y comprenden las conmemoraciones en las que se incluye al difunto con el propósito de recordarlo (Mendoza *op.cit.*:29)

El culto a los muertos tan peculiar observado en Calpan muestra la veneración que en la comunidad se tiene a la memoria de sus antepasados. Ello adquiere una gran significación puesto que saber vivos a los fallecidos y celebrar de esa manera ese primer encuentro desde su desaparición es transformar la muerte en vida. Lo anterior tiene gran trascendencia para los familiares, en primera instancia, ya que

este reencuentro genera un consuelo al dolor ocasionado por la reciente pérdida de un ser querido, a la vez que reúne a la familia en torno a la celebración y estrecha la unión entre ella, pues todos deben de cooperar y colaborar en la organización del evento (figura 20).



Figura 20. Hermanas, esposa, hijo, nieta y sobrino acompañan al fallecido en su “velorio”. Foto JARB.

Para los deudos la persona fallecida sigue viva, retorna al mundo de los vivos y mantiene su lugar e influencia entre ellos, de manera que la desaparición física del individuo no significa su muerte social, por ello se le dedican discursos o palabras de bienvenida y durante su “velorio” se reactualiza su valor como persona dentro del entorno familiar. Por eso se le acompaña, se le preparan sus viandas y se le ofrecen sus bebidas preferidas, se le festeja, se le habla y se entabla comunicación con él.

En segundo lugar, la comunidad también se fortalece ya que este rito de recordar al fallecido sirve de base para reforzar, y en algunos casos restablecer, las relaciones entre los deudos directos de la persona extinta con sus familiares cercanos o lejanos, compadres, comadres, vecinos y amigos. Esto fortalece los vínculos entre la comunidad en la que el difunto desempeñó un papel relevante en vida, lo que trae como beneficio la cohesión del grupo o la comunidad a la que perteneció. Mediante la convivencia y la repartición de las viandas entre sus más allegados, se convoca a la comunidad a reconocerse a sí misma, sobre todo en momentos en los que un grupo requiere de una mayor cohesión e identidad ante un entorno que amenaza cotidianamente con desintegrarlo.

Entre los peligros percibidos por la comunidad de Calpan, está la creciente presencia de las sectas protestantes, que le han restado feligreses a la grey católica y ha causado división en la comunidad. Otro fenómeno de la realidad mexicana es el de la inseguridad y la delincuencia organizada que desarticula o rompe el tejido y la paz social. Finalmente está el problema de las festividades consideradas ajenas al pueblo representadas por el Halloween, que paulatinamente se ha introducido en la comunidad y ha cobrado mayor presencia en las ofrendas, al grado que en éstas llegan a tener

pocos elementos tradicionales y han tenido un aumento acelerado de objetos y símbolos de esa festividad, como es el caso de brujas, murciélagos, zombies, calabazas, arañas y telarañas, entre otros (Fig. 21). Incluso, en años recientes se ha instaurado un desfile de Halloween, en el que los niños son disfrazados con atuendos de vampiros, brujas, zombies y otros monstruos, quienes son paseados a bordo de carros alegóricos por la calles del pueblo, mientras que otros se dedican a pedir golosinas, dulces y dinero “para su calaverita”, lo cual no parece ser del agrado de algunas personas de la comunidad. Por este motivo, los residentes piensan que las tradiciones y costumbres se han ido perdiendo, pues esta festividad extranjera ha introducido una excesiva comercialización y un carnalesco consumismo que ha desvirtuado su celebración de muertos.



Figura 21. Símbolos de la festividad anglosajona presentes en los “velorios”.
Foto JARB.

BIBLIOGRAFÍA

Anales de Cuauhtitlan, Códice Chimalpopoca: Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles, traducción de Primo Feliciano Velázquez, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1992.

Baudrillard, Jean, **Système des objets**. Gallimard, París, 1968

Barthes, Roland, **Elementos de Semiología**. Alberto Corazón Editor. Madrid, 1971

CONACULTA, “*Patrimonio de la Humanidad. La festividad indígena dedicada a los muertos en México*”, en: **Patrimonio Cultural y Turismo. Cuadernos No. 16**, Conaculta, México, 2006, Pp. 13-22.

Davies, Nigel, **Los señoríos independientes del imperio azteca**, INAH, México, 1968.

Díaz-Berrio, Salvador, “Monasterios del siglo XVI en las laderas del Popocatepetl”, en **Arqueología Mexicana**, vol. II, núm. 12, Editorial Raíces, México, 1995, pp. 78-81.

Dyckerhoff, Ursula, “Grupos étnicos y estratificación socio-política. Tentativa de interpretación histórica”, en: **Indiana**, 19/20, (2000/2003), pp. 155-196.

Eco, Umberto, **Tratado de Semiótica General**. Editorial Lumen. Barcelona, 1981.

Hernández Alonso, Ma. José y Miguel Ángel Ruz barrio, “Mapas de mercedes en Calpan”, en: **Anales de Antropología**, IIA-UNAM, 53-2, (2019), pp. 51-65.

Kubler, George, **Arquitectura Mexicana del silo XVI, M**, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

López Luján, L. **Las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan.**, INAH, México, 1993.

Macías, José Luis, “Geología e historia eruptiva de algunos de los grandes volcanes activos de México” en: **Boletín de la Sociedad Geológica Mexicana**, tomo LVII, núm. 3, México, 2005, pp. 379-424.

Martínez Reyes, Amada, “Iconología de las capillas posas de San Andrés Calpan, Puebla”, en: Cecilia Gutiérrez Arriola y María del Consuelo Maquívar (edits.), **De arquitectura, pintura y otras artes: Homenaje a Elisa Vargaslugo**, México, IIE-UNAM, pp. 281-298.

Mendoza Luján, José Eric, “Qué viva el día de muertos. Rituales que hay que vivir en torno a la muerte”, en: **La festividad indígena dedicada a los muertos en México**, Patrimonio Cultural y Turismo, Cuadernos No. 16, CONACULTA, México, 2006, pp. 23-39.

Motolinía, fray Toribio de Benavente, **Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella**. Edmundo O’Gorman (ed.), UNAM, México, 1971.

Muñoz Camargo, Diego, **Historia de Tlaxcala**. (Ms. 210 de la Biblioteca Nacional de París). Paleografía, introducción, notas, apéndices e índices analíticos de Luis Reyes García, con la colaboración de Javier Lira Toledo. Gobierno del Estado de Tlaxcala, CIESAS-Universidad Autónoma de Tlaxcala, Colección Historia, 1998.

Piho, Virve, “La Confirmación de los Señores de Calpan”, en: **Balance y perspectiva de la antropología de Mesoamérica y del norte de México. Sociedad Mexicana de Antropología XIII mesa redonda**, Xalapa, Septiembre 9-15 de 1973, pp. 295-300.

Relaciones Geográficas del Siglo XVI: Tlaxcala, T1, “Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala”, René Acuña, (edit.), UNAM-IIA, (Serie Antropología, 53), México, 1984.

Ríos, Inocente y Elvira Martínez, “*Mikailhuiltl de Xoxogolan (“Día de muertos de Xoxocotla”)*”, en: **Los pueblos nahuas de Morelos. Atlas Etnográfico**. Luis Miguel Morayta M. (Coord.), Gobierno del Estado de Morelos-INAH, México, 2011, pp. 215-228.

Rojas, Pedro, **Historia General del Arte Mexicano. Época Colonial**, tomo I, Editorial Hermes, Barcelona, España, 1981.

Saussure, Ferdinand de, **Curso de lingüística general**, Editorial Fontamara. México, 1992.

Terreros Espinosa, Eladio, “Arqueología e historia del Señorío de Calpan, Puebla”. Comunicación personal, julio de 2019.

Thomas, Louis-Vincent, **La Muerte**, Paidós, Barcelona, 1991.

Torquemada, fray Juan de, **Monarquía Indiana, México**, UNAM, vol. I, libro III, México, 1975.

XX ENCUENTRO de *Cementerios patrimoniales*

Los cementerios como recurso cultural,
turístico y educativo

11 al 16 de noviembre de 2019, Málaga (España)

Organizan:



Colaboran:



Información: fjrodriguez@uma.es | <http://redcementeriospatrimoniales.blogspot.com/>